



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON

NOS EL DR. D. FRANCISCO GOMEZ-SALAZAR Y LUCIO-VILLEGAS,
 POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
 OBISPO DE LEON, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES
 DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIAN, ETC., ETC.

*A nuestro Excmo. Deán y Cabildo Catedral,
 Ilustre Cabildo Colegial, Venerable Clero y fieles
 de esta amada Diócesis, salud y paz en Jesu-
 cristo Nuestro Señor.*

«Super omnia autem haec, charitatem
 habete, quod est vinculum perfectionis; et pax
 Christi exultet in cordibus vestris.»

(ad col. 3, 14 et 15)

«Sobre todo tened caridad, que es el
 lazo de la perfección; y la paz de Cristo
 reine en vuestros corazones.»

Bien quisiéramos, muy amados hijos nuestros, que así como las solemnidades de Natividad, cuya preparación comenzamos en el Santo Adviento, son fuente inagotable de consuelos para la Iglesia, así también las breves palabras, que con este fausto motivo os dirigimos, fueran acentos de júbilo y

promesas de halagüeñas esperanzas, que vinieran á aumentar el gozo que vuestros pechos cristianos sienten en el aniversario del día eternamente memorable, en que el Hijo de Dios apareció entre los hombres para abrirlos las puertas de la eterna bienaventuranza.

Pero, acostumbrados como estamos, á derramar en el vuestro, sin reservas de ningún género, los sentimientos de nuestro corazón, fuerza será, á pesar nuestro, tomar el rumbo que las circunstancias nos imponen y manifestaros sinceramente, con la claridad que la importancia del caso requiere, los graves motivos de temer por la grey santa del Señor y por el mundo entero que, separado de la madre amorosa que con solicitud le guiaba por la senda de la paz á las delicias del cielo, vive en continuo sobresalto, empeñado en luchas sin tregua y combatido por odios y rencores sañudos é irreconciliables, que, como las furiosas olas de un mar alborotado, sacuden con violencia la nave social, que teme á cada momento ver abrir á sus piés el abismo en que ha de quedar sepultada.

Ninguna ocasión más oportuna para estudiar las causas de este mal y los medios de combatirle con seguridad y acierto que estos *días de salud*, en que el Hijo de Dios, descendiendo de las alturas de los cielos, enseña á los fieles con ejemplos más elocuentes que todos los discursos, la santa virtud de la caridad llevada hasta el sacrificio y llama con voces suavísimas á los extraviados, ofreciéndoles la paz que buscan inútilmente sus almas en las vanas grandezas de este mundo; porque torrentes de luz se necesitan para sanar las cegueras de que nuestro tiempo padece y ardores de caridad fraterna para trabajar sin descanso en arrancar las almas y las sociedades de la ruina segura á que las falsas doctrinas derechamente las llevan, poniendo en peligro la hermosa civilización cristiana, fruto de tantos siglos de continuo batallar contra el error y las pasiones.

Mas, para que nuestros temores no parezcan exagerados y el peligro que nos amenaza se presente en toda su incalculable magnitud, necesario será, antes de pasar adelante, examinar brevemente los daños que la sociedad en general y los

individuos particularmente padecen hoy, á fin de que podamos con más acierto calcular los venideros y animarnos á poner en práctica con resolución y energía los remedios para curarlos, ó prevenirlos.

I.

El grano de mostaza, que, según la bellísima parábola del Salvador, había de producir el árbol hermosísimo en el cual las aves del cielo buscaran sombra y abrigo, y que representa á la Iglesia, extendiéndose y propagándose por todos los países del mundo desde un rincón de la Judea, á través de los siglos y en lucha siempre con las potestades del Averno, había logrado arraigar en las almas y refundir el espíritu de los pueblos dotándolos de una ilustración y grandeza á que no estaba acostumbrada la humanidad.

Ella luchó ventajosamente contra los Césares romanos y sacó al mundo de la ominosa esclavitud en que, durante algunos siglos, le habían detenido las férreas cadenas de la más degradante tiranía; ella dominó con su grandeza á los dominadores del imperio y, cuando los pueblos bárbaros, arrojados, como el azote de Dios, sobre aquella sociedad corrompida, purificaron con fuego y sangre los campos de Europa, destrozando cuanto se oponía á su marcha vencedora, ella suavizó sus costumbres y les infundió el espíritu de vida que había de sacarlos de las tinieblas á la luz y, á despecho de las dificultades que su espíritu salvaje é independiente y su ignorancia completa oponían, ella supo adoctrinarlos en los santos principios de la religión de Cristo y con la sabiduría de su doctrina santa, fundar las más hermosas nacionalidades, basadas en principios salvadores y leyes de justicia que les aseguraban una vida estable y llena de brillantes esperanzas.

En virtud de esta influencia saludable, los pueblos niños crecieron y se alzaron en sociedades adultas y fuertes que, progresando rápidamente, asombraron al mundo con las luces de su ciencia y sabiduría, tanto como por la humanidad de sus costumbres y la belleza de sus instituciones. La familia se

constituyó sobre las bases de amor y de ternura, la división de castas fué paulatinamente desapareciendo, la tiranía del poder amenguándose y la libertad y dignidad del hombre afirmándose y creciendo, á medida que la savia de la religión circulaba con más fuerza por todas las clases de la sociedad y su doctrina se extendía, como los rayos de un foco luminoso, bañando de claridad salvadora los destinos del hombre y su natural grandeza. De aquí nació el poder sin la mancha de la tiranía, la diversidad de clases y condiciones sin el oprobio de la esclavitud y la autoridad paterna sin la ignominia de la muger ni la inhumana degradación de los hijos; una sociedad, en fin, nueva y regenerada en que las relaciones entre pueblos y pueblos, soberanos y súbditos, clases y clases, individuos é individuos están apoyadas en leyes estables, justas y humanitarias, que los ligan sin embarazar los movimientos de cada uno y los unen sin confundirlos ni rebajarlos, dejando á cada cual su esfera propia en que puede libremente desenvolverse y esplayarse, independiente, dueño y señor de sus facultades y de sus actos; libre, con aquella hermosa libertad que Dios quiere conceder al hombre, como el atributo más bello de su naturaleza.

Pero no le bastó al espíritu del hombre toda esta grandeza; al verse libre de las trabas que habían limitado antes su vuelo, y llevado del innato deseo de extender sus investigaciones, al tener resueltos los puntos capitales de su destino eterno y de su tranquilidad en la tierra, volvió los ojos á la naturaleza material, para buscar en los fenómenos y movimientos del mundo el origen de sus fuerzas, y apenas si son creíbles los progresos verificados en este sentido, á los pocos pasos que hubo dado; el rayo, convertido en luz que alegra ó movimiento que enriquece; el mar, amansando sus olas y lamiendo humilde nuestros flotantes palacios; las montañas, retirándose vencidas ante el poder de la inteligencia y hasta los vientos movibles, meciendo suavemente la barquilla del atrevido aeronauta, parecen proclamar con voces poderosas que ha llegado el momento de que se cumpla á la letra el alto destino que Dios señalaba en el Paraiso á su criatura predilecta «*Dominad á los peces del mar y á las aves del cielo y á los animales de*

la tierra»; (1) que á tanto se extiende el poder del hombre y á tanto ha sabido llegar el génio de los sabios que, con mirada escrutadora, arrancaron uno á uno á la avara naturaleza sus escondidos secretos para gloria de nuestra edad afortunada.

Con todas estas conquistas en las ciencias naturales y aquellos progresos en las ciencias morales y políticas; con una civilización que oscurece y apaga cuantas grandezas encomia la historia en sus anales, con una tan rica y variada, como amena y útil colección de adelantos materiales que facilitan los elementos de la vida y ensanchan el horizonte de la ciencia, con un campo tan dilatado y hermoso, lleno de maravillas y primores y una libertad absoluta para recorrerle y admirarle en todas direcciones y desde todos los puntos de vista, ¿No es verdad que había derecho para creer que nuestra sociedad actual, la heredera de mil generaciones, fuera completamente feliz y dichosa y que nuestra vida se deslizara tranquilamente en el mundo, como la alegre barquilla por manso y sossegado río, orlado de flores y de verdura, sin enemigos de quienes huir, ni peligros que temer?

No necesitaremos examinar muy detenidamente la situación de los pueblos, para convencernos de la falsedad absoluta de ésta, que parece consecuencia lógica de las premisas anteriormente sentadas; porque, adonde quiera que volvamos los ojos, saltarán inmediatamente á nuestra vista señales de lucha y preparativos de combate, si no sorprendemos escenas sangrientas y motines armados, en que todo tendrá lugar y asiento, menos la tranquilidad y calma que buscamos.

Las naciones no se creen seguras con sus fronteras señaladas por la pacífica posesión y el derecho, y los ejércitos se aumentan y multiplican, las máquinas de guerra se perfeccionan de una manera á la vez admirable y terrible y en estos bélicos alardes se consumen poderosas inteligencias, juntamente con la flor de la juventud y los ahorros del trabajo; y á pesar de que los pueblos están adelantados y las selvas lejanas no arrojan ya sobre la Europa aquellas terribles falanges de bárbaros que amargaron tantas veces los placeres de Roma y de Bizancio en los últimos tiempos del Imperio, las naciones no viven tranquilas, y mil recelos y sobresaltos las turban á cada momento, como si la paz

(1) Genes., I. 28.

en que al parecer vivimos, fuera la calma que precede á una borrasca deshecha; y mientras los soberanos y los gobiernos miran recelosos los armamentos y cuentan las fuerzas de sus vecinos, haciendo esfuerzos por superarlos, no pueden desatender en manera alguna á los peligros internos que de sus propios Estados les amenazan continuamente y cada día se crean nuevos cuerpos armados que velen por las instituciones; no hay esclavos que turben en una algarada la tranquilidad de la república, y con la igualdad de condición debia haber desaparecido el ódio de clases, pero ahí está el socialismo, cuando nó, la anarquía, que turba con voces amenazadoras la tranquilidad de los poderosos, y dá claras muestras del malestar de los obreros, poniendo en peligro la propiedad privada, y que haciendo de los talleres y de las fincas rústicas campos de batalla, lleva la guerra hoy á las ciudades y mañana á los pueblos, evidenciando que esta sociedad llena exteriormente de vida y robustez, lleva en su seno el cáncer que ha de aniquilarla y de que en su cielo, á primera vista despejado y alegre, se fragua la tormenta que ha de hundirla en sombras de tinieblas y horrores de muerte.

A donde quiera, pues, que se mire, la paz ha huido, y la guerra se enseñoorea en todas las esferas de la vida humana, como si esta sociedad que tantos motivos tiene para ser feliz, hubiera perdido y roto los vínculos y lazos que unen á los hombres, y en su aparente grandeza no tuviera un principio de vida capaz de organizar y mover los dispersos elementos que vagan errantes en confusión desordenada, produciendo á todas horas choques y sacudimientos.

En esta disposición de ánimo todo sosiego es imposible, todo temor está justificado, y los mismos adelantos y progresos que debian servir para salud y felicidad del hombre, hace mas dura y cruel la enfermedad que padece y más angustioso y terrible el tormento que le aqueja.

La causa inmediata de tanto desconcierto, no es otra que la señalada por el apóstol Santiago cuando escribe: *¿De dónde proceden las guerras y discordias que hay entre vosotros? ¿Por ventura no nacen de vuestras concupiscencias?* (1)

(1) Jac. 4, 1.)

El corazón del hombre de nuestros días, amados hijos nuestros, al despojarse paulatinamente de los piadosos sentimientos que le llenaban de un perfume de santidad y pureza, y le hacían suspirar por los eternos bienes para los que la fé le decía haber nacido, se apega con tenacidad y firmeza á los placeres de la carne y á las delicias del mundo; y con un empeño digno de mejor causa, lucha y se revuelve por conquistarlos, sin reparar en los medios, con tal de que pronto ó tarde le lleven al apetecido fin de embriagarse, hasta la saciedad, en los groseros deleites que la materia le brinda; el excesivo desarrollo de la materia abruma al espíritu y, después de haber renunciado al cielo, no queda otro camino que luchar desesperadamente para conquistar la tierra; de aquí la guerra encarnizada entre pueblos y pueblos, entre clases y clases, entre familias y familias; de aquí la inquietud febril y los esfuerzos supremos en que el mundo se agita, buscando el medio de romper el freno, cualquiera que sea si se opone al logro de los vergonzosos apetitos que en el corazón anidan, como larvas en carne putrefacta; los pueblos fuertes amenazan continuamente á los débiles, mirando únicamente á la importancia de los mercados y al valor de los productos; la autoridad vela con el manto de la legalidad sus desafueros y tiranías: los súbditos se revuelven contra el superior que los detiene, ó contra la ley que los coarta en sus desenfrenos; las clases numerosas se arman contra las acomodadas; el individuo acecha y espía la ocasión de levantarse con la hacienda del prójimo y le pone asechanzas en sus caminos, y el fraude, la traición y la doblez son las armas que en todo lugar se manejan; y en todas partes hay lucha y en ninguna sosiego y la causa de todos los desórdenes es siempre una y la misma; la materia y los goces de la materia, las humanas concupiscencias desenfrenadas, y la falta absoluta de ideales virtuosos y eternos que levanten el corazón de las miserias caducas á la práctica saludable de la virtud para conseguir la eterna bienaventuranza.

En la apostasía, por tanto, de los pueblos, en el olvido de Dios y el general desprecio de su ley santa encontramos la razón del malestar y sobresalto en que la sociedad se

encuentra, según nos advierte la Sagrada Escritura, diciendo: «No hay paz para los impíos.» (1)

El racionalismo primero, proclamando la soberanía de la razón humana y atacando la autoridad de la iglesia, con su moral independiente y su derecho ateo, y el positivismo después negando todo lo suprasensible y espiritual, ó relegándolo á una esfera impenetrable á la capacidad y medios de conocer de que el hombre dispone, mataron en su raíz todas las virtudes que ennoblecen y dignifican al hombre y borraron de su corazón aquella voz poderosa que clamaba sin cesar «*sursum corda*», para dejar libres sin freno todas las pasiones y apetitos.

Desde entonces se desencadenó sobre la tierra esta formidable plaga que hoy lamentamos, y los hombres de ciencia y los gobernantes de los pueblos emprendieron con un empeño satánico la criminal tarea de perseguir á la Iglesia de Cristo y evitar la influencia saludable de sus doctrinas, con el firme propósito de arrancar de cuajo, si fuera posible, el árbol frondoso en cuyas ramas encontraban abrigo todas las necesidades y dolencias del hombre, para dejar á este solo á solas con sus naturales flaquezas y degradados apetitos, entregados á la dura esclavitud de un egoismo brutal, aboliendo la santidad del derecho y proclamando la divinidad de la fuerza, que ha dado por natural consecuencia los amarguísimos frutos que vemos y deploramos y que no son, sin embargo, más que el principio de una larguísima cadena de males cuyo término y última consecuencia nadie puede calcular aproximadamente.

Porque, separada la Iglesia de la dirección de los pueblos y conjurados contra ella los llamados sabios y los gobernantes, el benéfico influjo, que las doctrinas del Verbo Divino ejercían sobre el mundo, va paulatinamente mermando y creciendo, en igual proporción, la influencia deletérea de las enseñanzas materialistas que acabarán, si Dios no lo remedia, en breve plazo con los restos venerandos de verdadera cultura y progreso que aún hoy nos es dado admirar.

Hoy, á pesar de la malicia de los hombres y gracias al impulso de atrás recibido, la inmoralidad en toda su crudeza

(1) Isai. 57, 21.

repugna á nuestras costumbres formadas por la fé y por la religión; y el vicio, para ser admitido, ha de presentarse encubierto y desfigurado; y las palabras de razón, justicia y derecho responden á ideas que están muy arraigadas en las conciencias por los principios cristianos que, como preciosas reliquias, quedan aún en medio de tanta desgracia; pero dejad que vengan nuevas generaciones y que, pasando los tiempos, los hombres se adoctrinen en las áulas y ateneos en que se escarnece y mofa á esta religión sacrosanta, y veréis después adonde llegan los fieros instintos y las desvergonzadas concupiscencias de la fiera humana, libre de trabas y de respetos pudorosos que limiten sus bestiales apetitos.

Si el hombre es carne, se dirá con razón, y en el sepulcro termina definitiva y totalmentá la vida; si no hay un infierno que temer y un paraíso que esperar; si sobre la justicia del mundo, no hay una justicia incorruptible y eterna que cuenta los pasos del hombre y sabe los más recónditos pensamientos de su inteligencia y penetra los más escondidos secretos de su corazón; si todo, en una palabra, acaba con la muerte, apuremos hasta el fin la copa del placer que el mundo nos brinda y demos rienda suelta á los deseos de nuestra alma.

Veráse entonces levantar, como ley única de moralidad, el utilitarismo y, como suprema justicia, el egoísmo y, como derecho indiscutible, la fuerza, y, como ley necesaria, la guerra despiadada y la lucha continúa y el embrutecimiento y la barbarie, como término final de un drama sangriento y licencioso. Porque el placer, que gozado es nada y deja siempre el corazón sediento, sería envidiable y apetecible y el hombre, nacido para amar, más grande que todas las criaturas, á todas ellas querría llegar, sin encontrarse jamás satisfecho y pondría asechanzas al hombre, como á enemigo declarado, y vendría á ser axioma fundamental y único de moral el *homo homini lupus*, que dijo el filósofo inglés; porque al hombre, como al lobo, no se le dejaría la justicia para adquirir y el derecho para conservar, sinó las garras para hacer presa y los dientes para defenderla contra la invasión de su semejante poderoso y cercano.

Esto es lo que hoy en principio estamos contemplando

en estas encarnizadas luchas que por todas partes surgen, á impulsos de las malas doctrinas que emponzoñan las almas y envenenan los sentimientos, empujando al hombre por el abismo del crimen y del vicio. Imposible parece que á este punto se haya podido llegar, invocando la libertad y el progreso y hablando mucho de civilización y de luces, como si alguna libertad pudiera darse donde el vicio reina y la corrupción crece, encarcelando á la razón y aherrojando entre inmundicias la dignidad humana; ó, como si el progreso pudiera existir cuando se priva al hombre de sus más preciadas facultades, y, por un vergonzoso rebajamiento, se le hacía igual á los seres inferiores de la tierra. ¡Vergüenza eterna sobre los que, para redimir, según ellos, al hombre de la tiranía de una religión benéfica que le daba en Dios un padre y un hermano en cada hombre y un redentor en Jesucristo y una gloria en el cielo y una vida noble en la virtud, le han sumido en el abismo del pecado, para regalarle después con burla sangrienta, por principio la casualidad, por término la tumba, por hermanos á los brutos animales y por suprema aspiración de su vida el placer que denigra y embrutece ó la licencia que le mancha con todas las inmundicias del pecado!!

II.

Para que la oposición del disolvente positivismo en que yacemos, y del espíritu cristiano, que vivifica, resalte en toda su grandeza y para que el alma descanse complacida, después de tan tristes reflexiones, como la condición presente de los tiempos nos ha sugerido, volvamos los ojos á contemplar la familia y sociedad cristiana, empapada en la doctrina de su fundador, y produciendo, como la tierra vírgen, abundantes frutos conforme á la divina semilla que el Padre de familias habia depositado en su seno.

Después de haber visto á los hombres dominados por el egoismo y el mundo sometido á la ley brutal de la fuerza y al poderoso abusando del desvalido, apenas pueden leerse sin lágrimas estas sencillas y conmovedoras palabras estampadas por San Lucas en los hechos de los Apóstoles:

«*Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una: nec quisquam eorum, quæ possidebat, aliquid suum esse dicebat sed erant illis omnia communia. Et virtute magna reddebant Apostoli testimonium resurrectionis Jesu Christi, Domini nostri: et gratia magna erat in omnibus illis. Neque enim quisquam egens erat inter illos. Quotquot enim possessores agrorum aut domorum erant, vendentes afferebant pretia eorum quæ vendebant et ponebant ante pedes Apostolorum. Dividebatur autem singulis prout cuique opus erat. (1) Pero la multitud de los creyentes tenían un solo corazón y un solo espíritu; ninguno se llamaba dueño de lo que poseía, sinó que todo era de todos. Y los Apóstoles testificaban con gran valor la resurrección de Jesu Cristo, nuestro Señor, y la gracia era grande en todos ellos; porque no había pobre alguno; sinó que cuantos poseían fincas ó casas, las vendían, y el precio de lo vendido lo ponían á los piés de los Apóstoles y se distribuía entre todos, segun las necesidades de cada uno.»*

Resalta en este pasage de una manera verdaderamente divina el espíritu cristiano, opuesto al espíritu del mundo, y en su brevedad y sencillez se encierran y abarcan todas las grandezas de un alma que arde en el fuego de la caridad, que Jesucristo vino á traer á la tierra. Aquí no hay concupiscencias carnales que exciten los apetitos, sinó gracia y virtud que tienden al cielo; así no es de extrañar el desprendimiento generoso con que atienden á las necesidades del pobre y desvalido: aquí no hay egoismo despótico, que labra su dicha á cuenta de los agenos pesares; sinó caridad fraterna llevada hasta el propio sacrificio y, por lo mismo, hay paz, la paz de Dios, llena de suavísimos consuelos, que emula en la tierra aquella paz dulcísima que reinará por toda la eternidad en las dichosas moradas de la gloria.

Marcado, por tanto, teneis, muy amados hijos nuestros, en este bellissimo cuadro el camino más breve para la verdadera regeneración de esta sociedad decadente, y á la mano el remedio que puede curar las llagas causa las por venenosas doctrinas. El espíritu cristiano que, levantando al hombre sobre las miserias de esta vida, le señala en las alturas del cielo un destino

(1) Act. 4, 32 et seqq.

acomodado á las necesidades de su alma, será el estímulo poderoso que puede levantar á este mundo del lodazal en que hoy yace, presentándole en su repugnante miseria los bajos placeres que le encadenan, y desplegando á su vista el inmenso espacio en donde moran las virtudes, con sus dichas sin término y sus encantos llenos de celestial pureza. La caridad cristiana, fundada en la universal paternidad de Dios, nuestro Señor, y en la bondad infinita de nuestro comun Redentor Jesucristo, es el único reactivo capaz de hacer que vivan para el amor esos corazones llenos de ódio salvaje y de rencores de muerte, es el único medio de fundir el hielo del egoismo que aprisiona las almas, y desterrar del mundo las guerras crueles que le devoran, haciendo renacer la paz que, segun el profeta, *es fruto de la justicia*.

Porque así como el egoismo brutal que informa los principios del materialismo moderno, tolerante y licencioso para sí mismo, es duro y exigente para los otros y busca con desatentada ambición sus caprichos y la satisfacción de sus deseos, á costa de los demás, prevalido solamente de la fuerza y prescindiendo de todas las consideraciones de moral y de justicia, atrayendo por lo mismo sobre el hombre y sobre la sociedad el desórden y la violencia; la caridad cristiana que, segun el Apóstol (1) *es paciente y benigna, que no envidia el bien del prógimo ni sabe el camino de la injusticia, que no es soberbia ni ambiciosa, ni busca su provecho, ni se mueve á ira, ni piensa mal, que lamenta la iniquidad y se goza solamente en el bien, que sufre con paciencia los agenos defectos, y espera siempre la enmienda del pecador y acepta todo sacrificio por contribuir al bien de sus hermanos*, produce naturalmente el orden y la justicia, que son la garantía de toda paz estable y verdadera; ella sería el sol que calentara con rayos vivificantes el yermo helado del corazón del hombre, haciéndole producir frutos abundantes de vida y como la fuerza de atracción que, juntando entre sí los dispersos elementos que trastornan la tranquilidad de las naciones, les infundiera la armonia necesaria para girar libremente, como los astros del cielo, en sus órbitas

(1) I. ad cor 13, 4 et seqq.

particulares, cooperando todos á la grandeza y esplendor del conjunto y á la unidad de acción y vida necesaria en toda sociedad digna de tal nombre.

Veríanse desde luego desaparecer los odios y los rencores; renacería la calma y la tranquilidad de los pueblos, y los hombres se abrazarían como hermanos que son, hijos de un mismo Padre, redimidos con la misma sangre de Cristo y predestinados á la misma gloria del cielo, formando en la tierra aquella hermosa familia de que Jesús nos hablaba, cuando decía que habría en el mundo *un solo rebaño y un solo pastor*.

Pero los filósofos de nuestros dias se han burlado de esta hermosa virtud cristiana, que el apóstol llamaba vínculo de la perfección, y la han declarado en su alta sabiduría incapaz de resolver las reñidas cuestiones que hoy se agitan entre las distintas clases sociales y hasta se han atrevido á proscribirla como humillante y corruptora, proclamando que, no la caridad, sinó la justicia había de poner paz en los agitados corazones. Así son de ordinario los juicios que los enemigos de la Iglesia forman de sus máximas y doctrinas, sin tomarse el trabajo de examinarlas y blasfemando de lo que ignoran; porque ignorancia ó mala fé llevada á un extremo inconcebible supone el confundir la santa virtud de la caridad con la obra de misericordia de dar de comer al hambriento, que es una de sus ramas, grande y hermosa en verdad, á pesar de todos los sabios antirreligiosos, pero que no es, ni con mucho, la caridad cristiana que es la vida de la Iglesia y la fuente de todas las virtudes.

No consiste por cierto solamente la caridad en privarse del pedazo de pan que se alarga al desvalido, ni en el socorro material que se presta al necesitado; hermoso y grande es esto en verdad, pero la caridad verdadera es muchísimo más noble é incomparablemente más grande; es el fuego del amor divino, penetrando en el alma y consumiendo con su llama ardiente todas las raíces del pecado; es el impulso sublime por el que el alma tiende su vuelo hacia Dios nuestro Señor y suspira por la gloria; es el desprendimiento absoluto de los bienes de la tierra para vivir solamente con los deseos del cielo; es el amor, en una palabra, con que el alma se

une con Dios y llena de un fuego celestial vuelve á la tierra y se difunde en el alma de sus hermanos y siente sus tristezas y se alegra con sus alegrías y cura las llagas de su corazón, lo mismo que las de su cuerpo, y ofrece al necesitado, no solamente el pan del alimento, sinó también el consuelo del amor, que apaga la sed del alma y es más necesario y útil para calmar las desdichas del pobre y del menesteroso, que acaso en nuestros días carecen, más que del alimento material, de este pan divino que nadie más que la religión de Cristo puede darles; porque nadie fuera de ella sabe llegar al sacrificio voluntario, á la abnegación y al martirio por la salvación del prógimo abandonado, enfermo ó miserable, en los cuales vé no al hombre, sinó á Dios, no al desvalido sinó al hermano redimido con la sangre del Cordero immaculado, que quiso dar su vida por la salvación de todos los hombres.

Sin esta caridad divina la justicia no puede en manera alguna reposar en este mundo de pecado, por más que digan todos los modernos regeneradores enemigos de la Iglesia; porque sinó hay algo más grande que el hombre más fuerte y poderoso que iguale en nuestras ideas y en nuestros afectos á todos los mortales, en vano serán las leyes humanas é incapaces todos los adelantos para librar al pequeño de la opresión del poderoso y al débil de la tutela del fuerte; el egoismo del hombre encontrará siempre razones para cohonestar sus violencias y la fuerza hallará medios para realizar sus desordonados apetitos.

Solamente la religión cristiana, ha dicho un ilustre filósofo español, pudo libertar á los esclavos de sus cadenas y solo ella supo hacer que tantos hombres libres vivieran en paz y sosiego; las civilizaciones antiguas, que no tuvieron estos poderosos medios de moralizar las costumbres y dominar las pasiones, se vieron precisadas á condenar á la esclavitud á una gran parte de las gentes, para que el gobierno de la república fuera posible; de temer es que, si el cristianismo desapareciera, los caminos de las venideras generaciones seguirían este derrotero vergonzoso.

Que á esto vamos caminando apresuradamente y que es fin inevitable de nuestra apostasía, lo dicen á una la experiencia

de lo pasado y la razón natural; en el momento que el hombre no es más que un mecanismo animado, un engranaje ó una rueda de esta gran máquina del mundo, según las teorías materialistas, poco falta ya para despreciarle y por consiguiente para utilizarle de modo que dé los mayores rendimientos posibles á favor del poseedor, sin atender para nada á su condición ni á su dignidad que han desaparecido completamente. ¿Qué más? uno de los oráculos del moderno positivismo lo ha dicho ya claramente; la caridad cristiana es para ellos una flaqueza, una debilidad, como un crimen contra la naturaleza; porque, si en la lucha por la existencia los débiles están llamados á desaparecer física y necesariamente, es contrariar las naturales tendencias de los seres el proteger á los pequeños y librarlos de ser devorados por los poderosos. Hasta aquí han llegado, sin asustarse de las consecuencias, los que han seguido lógicamente el desarrollo de estos sistemas opuestos y enemigos de la Iglesia de Cristo.

Comparad ahora doctrina con doctrina, hombres con hombres y hechos con hechos, y vereis, nuestros amados hijos, claramente el bien que vamos perdiendo y el abismo á que dirigimos nuestra marcha: fuera de la iglesia, el egoismo que mata todas las virtudes y ahoga todos los impulsos generosos del corazón; en la Iglesia de Cristo la caridad, reina de todas las virtudes y amor purísimo que sublima todos los sentimientos del alma hasta fundirlos en los sentimientos divinos; allí inteligencias frías que tienen palabras duras y máximas inhumanas, aquí corazones puros que llevan en sus obras la misericordia y la paz y señalan su camino en la tierra con un aroma de virtudes que fortalece y anima; allí los que proclaman la divinidad de la fuerza, la opresión del débil, la dureza para el pobre, el abandono del menesteroso; aquí los santos que se abrazan á la cruz de Cristo y se sacrifican por sus hermanos y buscan al ignorante para abrirle los ojos á la luz de la verdad, al enfermo para asistirle, al anciano para atenderle, al triste para consolarle, y tienen bálsamos para todas las dolencias y heroísmos de corazón para todas las necesidades del alma; allí la guerra, la lucha, el tumulto y la confusión; aquí la paz, la tranquilidad, el orden, en una palabra, el amor de Dios y el

amor del prógimo, que son los polos sobre que gira la felicidad de la tierra y el bienestar de los pueblos.

No está muy lejano el tiempo en que las sociedades cristianas, y singularmente nuestra España, hoy tan combatida por las huestes del error, presentaban este agradable aspecto de familiar cariño, en que se confundían, por virtud de las influencias saludables de la fé, los poderosos y los desvalidos, los grandes y los pequeños, viviendo una vida pacífica y llena de hermosísimas virtudes; vosotros mismos, no sereis todos tan niños, que no hayais alcanzado aquellas épocas venturosas en que, á la sombra del templo y bajo la dirección de los sacerdotes, desaparecían todas las diferencias de clases y el pobre y el rico se miraban con amor de hermanos; habreis conocido, por lo menos, aquellas generaciones tranquilas en que los criados formaban parte de la familia y se les prodigaban toda clase de atenciones en su vejez ó en sus enfermedades, y habreis oido hablar de la fidelidad y justa correspondencia con que los pobres correspondían, mirando como propios los bienes de sus señores y velando con solicitud por los intereses de la casa en que habian encontrado sus padres y encontrarían mañana sus hijos, un pan, que no era pan de esclavitud, sinó de amor, y un hogar que no era ageno, sinó propio y paternal, como eran todas las relaciones que bajo la influencia saludable de las doctrinas de Cristo, ligaban con vínculos de amor á todos los hombres.

Hoy desgraciadamente todo ha cambiado; los ricos miran con desprecio al pobre y le escatiman el precio de sus laboriosas fatigas, los pobres miran con odio á los ricos y acaso acechan el momento de despojarle de sus propiedades; el amor ha huido y, con él, la felicidad de todos; los vicios se enseñorean de las almas y con los vicios viene la guerra y el malestar de que todos en parte somos culpables.

Entonces había también como los habrá siempre, pobres y ricos, poderosos y desvalidos, propietarios y jornaleros y vivían en paz y se amaban y bendecían mutuamente; hoy los hay también, pero se odian ó se temen. ¡Qué diferencia! Pero entonces las máximas de Cristo gobernaban á los pueblos y la caridad fraterna acortaba las distancias y borraba las distinciones y,

suavizaba las asperezas; entonces el sacerdote católico y el humilde religioso llegaban á todas partes y su influencia se dejaba sentir en todas las manifestaciones de la vida; eran por su mismo carácter padres y maestros de los pueblos y su palabra era oída y sus consejos escuchados; hoy el sacerdote y el religioso, los representantes de Dios que en su nombre ponen paz en las conciencias y caridad en las relaciones sociales, son vilipendiados y perseguidos, su palabra y sus consejos son despreciados y las máximas de Cristo y sus mandamientos santos se quebrantan y desprecian, sin querer advertir que, donde no hay virtud, no puede haber tranquilidad; que cuando el hombre no domina sus concupiscencias y vive ordenadamente consigo mismo, mal podrá guardar este orden y paz con los otros y, cuando la caridad cristiana no infiltra su savia vivificadora en las conciencias, el campo estéril de nuestro corazón terreno produce solamente espinas de pecados y abrojos de malas obras, que son la semilla de todos nuestros males.

III.

Desgraciadamente, estas consideraciones no bastan para abrir los ojos de los hombres á la luz de la verdad, detener los pasos de los que, extraviados por el orgullo ó seducidos por la vanidad, prestaron apoyo á las perversas doctrinas que á tan hondo abismo nos empujan; antes bien sus corazones se endurecen más cada día y sus oídos están cerrados á toda palabra de verdad ó de prudencia: así que *aunque procuramos oír y escuchar*, como dice el Profeta, *no hay uno solo que hable cuerdamente; no hay quien haga penitencia de su pecado, diciendo: ¿Qué hice? Todos siguen su desatentada carrera como caballo sin freno que marcha al combate.* (1)

En prueba de su obstinación y del ensañamiento con que persiguen á la Iglesia, nos bastará, amados hijos nuestros, mirar el rumbo que llevan los acontecimientos presentes y las vejaciones injustas de que se hace objeto á todas las instituciones católicas.

(1) Jer. 8.6.

Cuando la libertad y aún la licencia han extendido sus dominios á todas partes y sobre todas las ideas; cuando en alta y paderosa voz se proclaman los derechos y franquicias para las cosas y para las personas, solo la Iglesia de Cristo carece de libertad y gime en cautiverio; solo las cosas y las personas eclesiásticas no están protegidas por inviolables derechos, ántes, por el contrario, son inicualemente perseguidas y profanadas.

Los religiosos impiamente arrojados de la republicana Francia, las escuelas católicas cerradas por la fuerza pública, y, á pesar de las reclamaciones de los pueblos, la señal de nuestra redención arrancada á viva fuerza de los lugares públicos, y las disposiciones tiránicas adoptadas en contra de los obispos que defienden y reclaman sus derechos de ciudadanos, ya que no quieren reconocerles el sagrado carácter de su elevado ministerio y dignidad, bien á las claras nos dicen cuáles son los principios que informan á los poderes civiles y los daños que de su maldad pueden temerse.

Mas no creais, por ventura, que la situación de nuestra España, llamada en otros tiempos con razón, el brazo de la Iglesia católica, sea más halagüeña, ni el porvenir nos muestre mejores esperanzas; recientes están aún los atropellos cometidos impunemente contra las órdenes religiosas, y suenan en los aires las voces de tumulto con que se pedía su sangre, como algun dia se pidió la de Cristo en las calles de Jerusalén.

El mal ha crecido tanto, que los católicos se ven cohibidos en todas las manifestaciones públicas del culto, y la audacia de nuestros enemigos llega hasta privarnos de ostentar en la fachada de nuestras casas los símbolos sagrados de nuestras creencias. Nos vemos obligados á tolerar á diario la blasfemia, que cunde como un contagio entre la gente de pueblo descristianizado, á presenciar la profanación de las fiestas, á saber que la indecencia pornográfica mancha nuestras ciudades, á escuchar estremecidos las horribles inmundicias que en congresos, círculos y reuniones se arrojan sobre la iglesia, sobre los sacerdotes y sobre lo más sagrado y querido para todo cristiano corazón; se nos insulta y escarnece grosera y desvergonzadamente á cada paso, sin que nos sea lícito quejarnos

ó defendernos y, en cambio, hemos de sufrir además, que las funciones cristianas y los actos de piedad, que para desagraviar á Dios ofendido se proyectan, sean tenidas y proscritas como provocaciones intolerables y perturbadoras de la pública tranquilidad de los pueblos.

Esto, que por sí mismo es ya gravísimo, sube de punto en trascendencia, si consideramos que todas estas calamidades y persecuciones, no son hechos aislados y sin relación alguna, sinó que todos ellos obedecen á un plan preconcebido y llevado á la práctica con un tesón y perseverancia que debería avergonzar á nuestra tibieza; los hijos de la iniquidad son más despiertos y celosos para pervertir las almas que nosotros para trabajar en su defensa y no perdonan medio ni ocasión de adelantar en sus reprobados designios.

La mano providente de Dios nuestro Señor no ha dejado esperar el castigo de esta abierta rebelión y ordinariamente, por cada nueva acometida á la Iglesia, ha venido sobre el mundo un nuevo semillero de males; se despojó al Romano Pontífice de sus estados y desapareció con ello la fuerza moral que podía en casos de litigio inspirar la rectitud en las relaciones de los pueblos; se arrebataron al clero sus bienes y asomó la cabeza la hidra del socialismo; se persigue la anulación de los sacerdotes en los asuntos públicos y la gangrena de toda corrupción crece y nos ahoga por momentos; pero nada, nada es capaz de contener el avance de esta generación prevaricadora.

En alguna ocasión hemos creído poder abrigar una esperanza. Cuando el mal crece y el peligro arrecia y todo se bambolea y estremece, amenazando con una espantosa ruina, los hombres que nos rigen y en cuyas manos está en gran parte el remedio, parece que han tenido momentos de lucidez, en que la verdad há llegado, á pesar de las preocupaciones, hasta el fondo de sus almas. Entonces los hemos oído lamentarse del rumbo que sus mismas doctrinas daban á los pueblos y pudimos creer en una enmienda completa que, borrando los males de lo pasado, nos pusiera en caminos despejados y firmes por los cuales hubiéramos podido avanzar sin tropiezos ni embrazos á una regeneración sólida y verdadera; pero el peligro

pasa, se conjura por el momento la crisis, el volcán deja de vomitar por sus encendidas bocas lavas y cenizas y nadie vuelve á acordarse, de que el fuego queda en sus entrañas, elaborando en silencio los mortíferos materiales con que ahogará á la tierra en sus monstruosas sacudidas.

Los hemos visto quejarse de las inmoralidades públicas que nos deshonran, de la ignorancia que nos humilla, de la criminalidad que aterra, de la desvergüenza, en fin, y del descaro con que á toda hora se perpetran las más reprobadas fechorías y se exhiben á donde quiera los más repugnantes vicios; alguna vez, y no hace de esto muchos días, llegaron á confesar paladinamente la causa de estas desvergüenzas y se lamentaron vivamente del aflojamiento de los frenos éticos, por no decir de la falta de educación moral é instrucción religiosa; pero nada hacen para cortar el mal, fomentan por el contrario las causas del pecado y, viendo esto, dudamos ya si sus palabras son un sincero arrepentimiento, ó, más bien, un gemido que les arranca el despecho de su impotencia.

Cegados por la soberbia, sordos á los gritos de la conciencia y de la razón, todo lo toleran, todo lo arrostran, el embrutecimiento del pueblo, la miseria de las familias, la inmoralidad de las costumbres, el desarrollo de la criminalidad, el aumento del fraude, la guerra sañuda entre el capital y el trabajo, el socialismo, con sus turbulentas y demoledoras doctrinas, la anarquía, con su séquito de crímenes y horrores, todo, menos confesar claramente que se han engañado, y sus doctrinas son falsas y sus procedimientos ruinosos; todo, menos arrepentirse y dolerse de los males hechos y comenzar un nuevo camino de bienes y esperanzas; todo, menos reconocer y proclamar que la Iglesia, á quien ellos combatieron y atacaron, es la verdadera madre de los hombres y de los pueblos, y la única tabla, en que esta sociedad náufraga y perdida en un piélago de errores y de pecados, puede llegar á puerto de luz y de virtudes.

Muchas veces en los trances agudos echarán mano de sus enseñanzas divinas, pero ya tendrán buen cuidado de ocultar el origen y callar el nombre del maestro; en los problemas difíciles que ellos mismos plantean con sus errores,

buscarán en los dogmas santos, la luz que los guíe, pero antes se dejarán morir, que verse obligados á rendir este tributo de reconocimiento y gratitud á Cristo; en los casos extremos, cuando el vendaval arrecia con furia indomable y las instituciones y los pueblos se sienten sacudidos con violencia irresistible, como los carcomidos árboles del bosque, su instinto de conservación les llevará ciertamente á pedir á la palabra divina que amanse los vientos y conjure la deshecha borrasca pero irán al pié de Jesús, no como el amigo necesitado, que busca en su amigo el remedio á una necesidad con la humildad en el rostro y la gratitud en el alma, sinó como el ladrón sin conciencia, ocultos en las tinieblas de la noche, y á espaldas del dueño, para lucir al dia siguiente como propia, la joya que arrebataron cobarde y criminalmente.

A este, si no lo viéramos, increíble extremo, han llevado los enemigos su ódio á la Iglesia y su obcecación y pertinacia en la impiedad, y es en vano ponerlos delante de los ojos la medicina y hablarles palabras de verdad, *porque sus oídos, para valernos de la palabra del Profeta, (1) son rebeldes é incircuncisos, incapaces de oír; la palabra de Dios es entre ellos oprobio y no la reciben; quieren curar con engaños los males del pueblo, diciendo: Paz, Paz; pero la paz no llega. Haced un alto en vuestra marcha, dice el Señor, y consultad á la historia cuál es el buen camino; marchad por él y hallareis el descanso que anhelan vuestras almas; y ellos contestaron: no marcharemos por ese camino; puso el Señor entre ellos guías y avanzadas y les dijo; escuchad la señal de la trompeta, y respondieron: no queremos ».*

Así los modernos legisladores y caudillos de los pueblos, como si la luz de la verdad no pudiera penetrar á través de sus prejuicios y la voz de la justicia no llegara á desvanecer el ruido de su soberbia, prosiguen en los caminos de su maldad y multiplican sus errores y sus tiranías, persiguiendo cada vez con mayor encono á la Iglesia, y queriendo arrancar de cuajo la única esperanza de paz que en las modernas sociedades queda, desterrando ó cohibiendo á las órdenes religiosas

(1.) Jer. 6, 10.

y anulando la influencia que la Iglesia ejerce por medio de sus ministros, en nombre de una libertad, que por lo visto, es madre para todos los vicios y madrastra para todas las virtudes.

Para que ninguna duda nos quede sobre este punto, bastará recordar solamente los derroteros que, de algún tiempo acá, sigue la política española, respondiendo servilmente á la consigna dada en la nación vecina, y que van tomando todos los caracteres de una persecución sistemática, tanto más terrible cuanto más encubierta.

En el ánimo de todos está y por confesión de parte es sabido que los últimos decretos acerca de la enseñanza, además de atentar contra los sagrados derechos de los padres de familia en la educación de sus hijos, van principalmente encaminados contra las órdenes religiosas que, á pesar de ser, como á todas horas nos dicen, obscurantistas, ignorantes y atrasadas, rémoras del entendimiento y ligaduras de la voluntad, merecen la confianza de los padres de familia y se llevarán el mayor número de estudiantes porque saben mucho mejor que sus detractores, abrir los entendimientos á la verdad y guiar á los jóvenes por el camino de las ciencias; con lo cual parecía natural que estos aventajados maestros se vieran estimulados y protegidos en la noble y espinosa tarea á que se dedican y seguramente que si, como son religiosos, fueran enemigos de Cristo, se verían colmados de distinciones y aplausos; pero como estos maestros no blasfeman, ni consienten doctrinas corruptoras en sus escuelas, ni buscan la muerte del alma en teorías ateas y materialistas; como estos maestros son hijos de la Iglesia y sus avanzadas defensas, lejos de ser aplaudidos, han de ser por fuerza condenados y, encima de negarles el mérito que tienen, son perseguidos y calumniados por los bienes que hacen y por la benéfica influencia que con sus ejemplos, sus costumbres, su ciencia y sus virtudes relevantes ejercen en donde quiera que se llega á conocerlos y tratarlos. Ni se contentan sus enemigos con hacerles cruda guerra; es necesario concitar contra ellos los odios de todos, es necesario acorralarlos y destruirlos, es necesario que hasta su nombre desaparezca de sobre la haz de la tierra y á eso tiran y por eso luchan por todos los medios que el infierno puede sugerir

para tal género de empresas, sin que se atiendan sus méritos, ni les valga su inocencia, ni se respeten por lo menos los derechos que como ciudadanos merecen.

No es menos significativa y arbitraria la oposición que al clero secular se prepara con la llamada revisión del Concordato y que no es otra cosa que un nuevo golpe á los ya mermados haberes y mezquina dotación de los sacerdotes, sin respetos á los derechos adquiridos y á las voces de la justicia y sin otra razón que la de manifestar el odio á la Iglesia y mortificar continuamente, por el crimen de ser representantes de Dios en la tierra, á hombres pacíficos y ejemplares, que consagran sus días al servicio de los hombres y al bien general y público, moralizando á los pueblos.

Por lo visto, las leyes generales no rigen para los sacerdotes y todas las injusticias y violencias pueden sancionarse si con ellas se hostiliza á la Religión verdadera; mas no en balde se barrenan tan santas leyes, ni se conculcan sagrados derechos; el mal ejemplo suele traer consecuencias bien lamentables y en estos días de revueltas y discordias, cuando la unión de todos es más necesaria para conjurar la tormenta, y la influencia del sacerdote tan importante para llevar la calma á los espíritus alborotados, y la acción de la Iglesia tan eficaz para apaciguar los odios, y el ejemplo del religioso tan persuasivo para infundir el deseo de los bienes celestiales en esta sociedad corroida por un materialismo grosero y combatida por todas las concupiscencias, la odiosa tarea de los perseguidores es, por lo menos, una empresa arriesgada en que fácilmente el más experto sucumbe.

En nombre, por tanto, de nuestros derechos, de la libertad de la Iglesia, de la salvación de las almas y, si esto no fuese bastante, de los intereses de nuestro pueblo y de la paz de esta nación infortunada protestamos de estos proyectos y de estas medidas, con que se viene á turbar la paz de las conciencias y se pone en peligro la tranquilidad de los pueblos, atentando contra sus intereses espirituales y terrenos; llamando la atención de todos los hombres de buena voluntad y singularmente de nuestros diocesanos para que, por cuantos medios estén á su alcance, procuren desviar este golpe que se prepara á la Iglesia.

IV.

Examinados ya, aunque brevemente, los males que padecemos y teniendo en cuenta que, como al principio os decíamos, el caríz de los actuales acontecimientos no permite abrigar esperanzas lisonjeras para lo porvenir; bueno será entrar ahora en la consideración de nuestros deberes de cristianos ante la gravedad de las circunstancias; porque no basta lamentarse de la condición de los tiempos, ni afligirse de la ruina espiritual de muchas almas; buenas son en sí estas obras hechas en la presencia de Dios y levantando al cielo nuestras manos para que la gracia divina descienda sobre el mundo y alumbre las inteligencias, pero la obra debe ir unida á la oración y la práctica á la doctrina; que si las palabras mueven, los ejemplos arrastran y la gloria Dios pide, como decia nuestro Señor Jesucristo, *que los hombres vean nuestras buenas obras para que glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos.* (1)

Mas, al llegar á este punto, no podemos dejar de advertir el desacuerdo bastante común que existe entre el modo de pensar y el de obrar, entre la teoría y la práctica, entre la fé que profesamos y las negligencias á que tan fácilmente damos lugar en nuestra conducta. Lamentamos muy de corazón los públicos escándalos, pero quizá los hemos presenciado, sin tener valor para reprenderlos; lloramos con lágrimas sinceras la soledad de los templos y la pobreza de las funciones religiosas y por ventura, nuestras ocupaciones jamás nos dejan tiempo para concurrir á una solemnidad extraordinaria, y nos contentamos con la misa rezada, que por obligación ineludible habemos de oír las fiestas; nos asusta, en una palabra, el camino que el mundo lleva, pero nada hacemos para que los hombres vuelvan sobre sus pasos, y enderecen sus torcidas inclinaciones.

Todo esto revela claramente que, si abominamos por una parte del espíritu carnal, si vale la palabra, que guía á las gentes, estamos en cambio, bajo la influencia de lo mismo que condenamos y que, sin darnos cuenta, nos dejamos dominar de

(1) Mat. 5, 16.

la pereza de la carne y contribuimos con omisiones muy graves á estos mismos pecados que nos aterran.

En días de paz y bienandanza puede honrosamente descansar tranquilo el militar esforzado, porque la pátria está segura, mas en días de lucha ese descanso sería criminal y vergonzoso á todas luces; *el espíritu está pronto, mas la carne es flaca*, y, para que esta flaqueza no haga inútiles nuestros buenos deseos, es necesario avivar el espíritu cada día y sacudir con diligencia el sueño en que tan fácilmente caemos; en días de lucha vivimos y no es dado á ningún verdadero creyente dejar de cooperar, en la medida de sus fuerzas, al triunfo de la verdad, bajo pena de traición á la causa de la justicia.

Si á la luz de esta verdad examinamos nuestro proceder, seguramente hemos de encontrar graves motivos de arrepentirnos de lo pasado y muchos puntos en que tengamos necesidad de emprender un camino contrario al que hasta ahora hemos traído; porque, sin nuestro abandono y el olvido de nuestros deberes, los enemigos no hubieran llegado á envalentonarse, como lo han hecho, ni el error hubiera extendido sus fronteras de una manera que espanta; es más; si hoy despertáramos de nuestro sueño y privándonos de las comodidades á que vivimos apegados, el espíritu de sacrificio moviera nuestros brazos, seguros estamos de que la victoria se inclinaría desde luego por nosotros y la derrota del mal era segura y completa; que parecen más por que se mueven y agitan, mientras nosotros, refugiados en nuestras casas, esperamos que nos den resuelto el problema, sin haber experimentado el más ligero motivo de disgusto, ni haber sacrificado una de nuestras inocentes aficiones.

La virtud es por su natural, tranquila y sosegada en el obrar, como quien está seguro de la justicia de su causa, al revés del error, que solo puede extender sus redes infernales, valido del tumulto y de la confusión; la virtud es tolerante y piadosa con las personas, aunque no puede transigir con las malas doctrinas, al contrario del vicio, que es por su naturaleza violento, y sañudo en sus ataques, como que desprecia la razón y todo lo fia á la fuerza; es aquella caritativa é igual siempre en sus juicios, sin atender á la calidad de amigo ó enemigo

en sus fallos imparciales y serenos, éste es exclusivo y egoísta, sin atender jamás á otra cosa que al interés propio; así vemos que, cuando invoca la libertad y la tolerancia, es siempre con la segunda intención de que esta libertad y esta tolerancia sean empleadas solamente en su servicio, que cuando pueden servir á la causa de la verdad, no repara en destrozar con sus propias manos el ídolo á quien rendía fervoroso culto. Comparad, sinó, todos los procedimientos y caminos seguidos por el error desde los primeros pasos que dió sobre la tierra, y os convencereis plenamente de la exactitud de estas observaciones, que bastarían por sí solas para deshacer esa leyenda de negras tiranías, que se ha querido injustamente tejer al rededor de la Iglesia, y para arrancar á nuestros enemigos el manto de libertad con que hipócritamente se visten, dejando al descubierto sus instintos de crueldad y su espíritu mezquino y avieso, lo mismo cuando llevaba los mártires al cadalso, que cuando calumnia á los sacerdotes en nuestros días.

Este espíritu ámplio y generoso que ha vivificado siempre á la iglesia de Cristo, madre para todos los hombres, y, *que no quiere, como el Divino Maestro, la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva*; esta caritativa y fraternal compasión que el hombre virtuoso siente por toda clase de personas, aún por aquellas que más abiertamente le hostilizan y persiguen, puede haber sido parte para que la tolerancia y el silencio se hayan llevado más allá de lo que aconsejaban la prudencia y la justicia; pero ante los peligros que la verdad viene corriendo y los atrevimientos descarados con que la impiedad cada día nos hace la guerra, el seguir callando y padeciendo no sería prudencia, sinó cobardía, y no disputar el campo á nuestros enemigos con todas las armas que lícitamente se puedan exprimir, lejos de ser espíritu de paz y de amor, sería por el contrario, olvido de nuestros deberes y traición ó desprecio de la santa causa que defendemos.

Urge, por tanto, que levantando banderas por la verdad, sacrifiquemos en parte la tranquilidad y sosiego de nuestra vida doméstica y salgamos del retraimiento en que vivimos, y pongamos empeño en luchar donde quiera que la lucha se provoque y en combatir, si el combate es necesario; obrar de

otra manera, sería cooperar á la maldad de nuestros adversarios y hacernos partícipes en sus iniquidades.

Descendiendo ahora á algunos detalles prácticos que pueden servirnos de mucho para hacer triunfar la causa de la justicia y apartar á nuestros hermanos del mal camino por que se les conduce, nos sale al paso en primer término la prensa impía y desvergonzada, cuyas demasías tantas veces nos hemos visto obligados á lamentar y cuyos daños son verdaderamente incalculables. Porque la gente del pueblo sencilla, por lo general, é incapaz de sospechar el fraude de que se le hace víctima, ¿cómo podrá defenderse de los ataques que á su fé todos los dias se dirigen y de los lazos que á sus costumbres cristianas se tienden por medio del ridículo ó de la difamación de las personas eclesiásticas ó de los escritos obscenos é inmorales? ¿Cómo se librarán de asimilar más tarde ó más temprano el veneno que á todas horas se les presenta y ofrece oculto cuidadosamente entre pasatiempos y lecturas entretenidas y al parecer inocentes? ¿Cómo, en fin, podrán conservar incólumes las santas creencias que son para ellos el consuelo en los trabajos, el valor en la adversidad, la fortaleza en todas las desgracias y el aliento en todos los momentos de su vida?

Ciertamente que es obra digna de toda execración la de corromper así las conciencias y envenenar las almas, llevando la duda y desconfianza allí donde tenían su asiento la esperanza y la fé, empujando por despeñaderos de odio y saña á los que en sus corazones tenían un tesoro de amor y caridad que hacía feliz la existencia y dulces las privaciones; infame es la tarea y á no verlo, no podríamos creer que á tales extremos y bajezas pudieron llevar los bastardos intereses mundanos y los compromisos de secta; pero el hecho es cierto, y, aunque no podamos considerarle sin sentir la natural repugnancia que estas miserias producen, fuerza Nos es tomarle en consideración y prevenir á todos los que por su bien conservan un resto de fé y aun de rectitud natural y decorosa limpieza, para que eviten con escrupuloso cuidado su desarrollo y le aislen y separen como un contagio, y le cierren todas las puertas, como al malhechor infame que ataca descaradamente nuestra vida espiritual, más noble y más apreciable que todos los bienes de la tierra.

Más, á la vez que así resistimos á los enemigos de fuera, es indispensable igualmente ordenar nuestra vida de familia conforme en todo con las máximas cristianas y atender preferentemente á inculcar con la palabra y con el ejemplo en el ánimo de los hijos las santas virtudes que afirmen y aseguren las creencias; que la corrupción del hombre empieza de ordinario por el corazón y las banderas de la maldad tiene más secuaces por la debilidad de la voluntad que por errores del entendimiento; en este punto todas las precauciones serán pocas y todo el cuidado inútil, dada la condición de los tiempos, si los padres no se deciden á vivir para sus hijos, apartándolos de las seducciones del mal, librándolos de las compañías peligrosas y siendo á todas horas sus ángeles tutelares en los primeros pasos que den en el mundo; que para eso les dió el Señor la autoridad que tienen y el amor que hace grato el sacrificio y es grande su responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Esto mismo que decimos de los hijos se ha de entender de los criados y familiares, que, según dice el Apóstol, han de ser mirados con toda atención y respeto, velando para que cumplan sus obligaciones religiosas porque el que *no tiene este cuidado respecto de sus domésticos, ha negado la fé y se ha hecho de peor condición que el que jamas la tuvo.* (1)

Por lo que á vosotros toca, venerables Sacerdotes, y Religiosos, que, compartiendo con Nos el ministerio de las almas, teneis reservado un lugar principalísimo en nuestro corazón, no necesitamos encareceros la necesidad de trabajar con nuevo celo y mayor entusiasmo, cuanto mayor sea el empeño que vuestros enemigos pongan para perseguirnos y calumniaros; de vuestra constancia y esfuerzo tenemos señaladas pruebas que nos aseguran del fervoroso espíritu que os anima; pero si en una lucha tan desigual y sangrienta, vuestras fuerzas decaen, vuestro entusiasmo desfallece, vuestra debilidad tiembla ante la deshecha borrasca en que luchais, volved vuestros ojos al Señor, como el Apóstol en el mar de Tiberiades, para que os tienda su mano poderosa y podais

(1) ad Tim. 5, 8.

continuar vuestro camino sobre las encrespadas olas, sin desfallecimientos ni temores; no mireis la ingratitude de los hombres ni sus injustos agravios, mirad á Dios que os contempla y cuenta vuestras fatigas; no atendais al odio de los hombres, sinó á la caridad que arde en vuestros pechos; *no volvais mal por mal; sinó amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os persiguen* (1), y *bienaventurados de vosotros cuando os calumnien y difamen por el nombre de Cristo, porque vuestro premio en el cielo será grande.* (2)

Dispuestos por tanto, á cooperar todos en la medida de nuestras fuerzas, para combatir los males que afligen al mundo y renovar el espíritu cristiano, teniendo en cuenta las necesidades de nuestro tiempo, y visto que el mundo parece por falta de ideales divinos que le hagan considerar en su justo valor las cosas de la tierra y que la sociedad está amenazada de ruina desastrosa por la falta de fraternidad cristiana, que enlace con amor á todas las clases sociales; á estos dos puntos principalmente debe dirigirse nuestra acción y á ellos debemos encaminar todos nuestros pasos.

Cada uno en su esfera propia, puede con la práctica de la virtud hacer mucho bien por medio del buen ejemplo; los criados estando sujetos y obedientes á sus amos, y cumpliendo con fidelidad y exactitud los trabajos de su obligación; los amos tratando con amor y paternal afecto á sus dependientes, considerando su dignidad humana que á todos nos hace iguales y su grandeza y valor, representados por la sangre de Jesucristo, nuestro Redentor y Maestro; los pobres con la humildad y la resignación que les han de merecer los consuelos de los hombres y la bendición del cielo; los ricos despegando su corazón de las riquezas y usando generosamente de estos bienes, para socorrer á los necesitados; los superiores y autoridades gobernando conforme á los preceptos del Señor y valiéndose de su autoridad para edificación y ejemplo, y los súbditos obedeciendo con prontitud y alegría para que todas las relaciones estén así fundadas en la justicia y caridad, sin las cuales, los celos y los ódios mútuos vienen á

(1) Mat. 5, 44.

(2) ibid. 5, 12.

emponzoñar las almas y á intranquilizar las conciencias, separando y desuniendo lo que, según los designios de Dios, debe estar unido y enlazado para mayor facilidad de obtener el supremo fin á que nos dirigimos.

Las conferencias de San Vicente de Paul, los Círculos de Obreros, las fundaciones piadosas, la asistencia á los enfermos pobres, y otras obras de beneficencia, según las condiciones de los pueblos y sus necesidades, serán obras de grande eficacia para extender la influencia de la religión y asentar en bases muy sólidas el amor mútuo de las distintas clases sociales; aplicad á ellas vuestras atenciones, trabajad y vereis pronto el resultado de vuestros esfuerzos en virtudes cristianas, que salvarán á los pueblos de los peligros que hoy les amenazan y de las calamidades que sobre ellos pesan; emulemos, en cuanto sea posible, el hermoso cuadro que nos ofrece la Iglesia de Jerusalén, en las palabras que hemos copiado de los Hechos de los apóstoles y sobre nosotros reposará también la gracia del Señor y la paz que es fruto del Espíritu Santo.

Terminamos, pues, estas líneas con las mismas palabras del Apóstol que al principio de ellas quedan consignadas: *sobre todas las cosas tened caridad que es el lazo de la perfección y la paz de Cristo reine en vuestros corazones: tened caridad fraterna que es el distintivo del cristiano y el nuevo mandamiento que el Maestro Divino nos legó en la noche de la Cena, para que se cumplan los deseos de nuestro Redentor, Padre, que sean confirmados en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste y que los has amado, como me amaste á mí* (1) *tened caridad fraterna y con ella habreis salvado al mundo.*

Este suavísimo precepto del Maestro Divino repetía sin cesar el apóstol amado, que mereció reclinar su cabeza sobre el

(1) Joan. 17, 23.

costado de Cristo, cuando los achaques de la vejez no le dejaban fuerzas para hacer largos discursos: *Hijos míos, amaos mutuamente; porque es precepto del Señor que, si se cumple, basta;* así, Nos, en el ocaso de la vida, cuando las fuerzas para obrar nos van faltando y vemos con dolor la pérdida de las almas sin que Nos sea dado salir al encuentro del mal y predicar en las calles y las plazas para detener sus progresos y arrancarle la presa que codicia, cuando quisiéramos en un arranque de nuestro amor cobijar á nuestros amados hijos y preservarlos del contagio que por todas partes se estiende, y conservar aún á costa de nuestra propia vida, la salud de nuestro pueblo amado, del cual hemos de responder, acaso muy pronto, delante de Dios nuestro Señor, no encontramos nada más eficaz y poderoso que repetir ardientemente con San Juan; «*Hijos, amaos mutuamente, tened caridad fraterna, tened caridad de hermanos; el mundo se pierde por ódios y rencores, amad y salvareis al mundo; los hombres se extravían y pervienten por falta de caridad; amad vosotros, y los extraviados volverán á la casa paterna en que se les espera con los brazos abiertos; el mundo se conmueve en guerras y luchas que levantan pueblos contra pueblos, clases contra clases y hombres contra hombres; amad, y el amor acortará las distancias y estrechará los lazos y calmará las tormentas del alma y la paz reinará sobre la tierra.*

Jesucristo, Nuestro Señor, que en el día de su nacimiento prometió esta paz por sus ángeles á todos los hombres de buena voluntad, derrame tesoros de gracia sobre vuestros corazones, para que merezcáis alcanzarla y poseerla; y quiera Dios que nuestra palabra descendiendo sobre vuestras inteligencias las ilumine y encienda vuestros corazones en caridad verdadera, para que, como el Señor, al separarse de sus discípulos, pudiéramos deciros: «*Os dejo la paz, os doy mi paz; no*

la paz del mundo falsa é inestable, sinó la paz de Dios fundada en santidad y que es prenda de gloria »

Con este deseo os bendecimos desde el fondo de nuestro corazón, en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

León, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen, año de 1902.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor,
Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Maestrescuela-Secretario.

Los Sres. Párrocos y Ecónomos leerán á sus respectivos feligreses esta Carta Pastoral, durante las cuatro dominicas de Adviento para mayor comodidad y aprovechamiento de todos, sin perjuicio de hacer á los fieles las consideraciones que sobre los puntos que aquella abraza juzguen convenientes.